10.1/16509

La guerra de Europa vista desde América por un español

Discurso pronunciado por INDALECIO PRIETO en el teatro Auditorium, de la Habana, el 29 de Mayo de 1941.

Permitidme, señores, que, antes de entrar en el tema elegido para el discurso de esta noche, desgrane en unas cuantas palabras, muy pocas, la emoción que me embarga, al hablar en público por primera vez en Cuba, porque si no lo hiciera así, la emoción que al acumularse, se adueña de mi ánimo, turbaría más mi palabra enmohecida por largo silencio y, como seguramente habréis de ir apreciando, teñida de dolor, porque no en vano vengo aquí bajo la pesadumbre de una catástrofe inmensa que ha asolado a mi patria, y aunque mi conciencia me declara absolutamente limpio de responsabilidad en la provocación de esa hecatombe, no deja de tener plaza en el sitio donde anidan los remordimientos el hecho de no haber sabido o no haber podido evitarla.

LA LUCHA POR LA INDEPENDENCIA CUBANA.

La emoción al hablar por vez primera en tierra cubana, en esta ciudad de la Habana, que tan dentro del alma se me ha metido, proviene de que no puedo olvidar que soy español y asturiano, circunstancias por las cuales evoco una serie de recuerdos que estaban semiolvidados en el fondo del espíritu, como dormidos, y que ahora, al despertar, parecen nublar mi monte y humedecer mis ojos. Soy español y soy asturiano. ¿Me consentís que lo proclame con énfasis? (¡Bien, bien! Aplausos).

Pues lo hago de corazón, porque aunque del viejo libro parroquial de la iglesia de San Isidoro, en Oviedo, se haya arrancado la fe de mi bautismo, y aunque del Registro Civil de aquella ciudad que Clarín llamó Vetusta, se haya desgarrado la hoja donde constaba mi nacimiento, aunque el Poder oficial niegue jurídicamente mi personalidad ciudadana, no logrará destruir ni mi abolengo español ni mi raíz asturiana. (¡Bien, bien! Aplausos).

Yo recuerdo cómo esta tierra hermosísima fué regada con sudor español y cómo la fertilizó sangre española. Bajo el manto densamente verde que cubre la tierra en toda la Isla, un osario español está proclamando el esfuerzo de España en Cuba.

Aunque a distancia, siendo adolescente, viví la época en que Cuba luchaba por su independencia, y, hombre de partido al fin y al cabo, he de recordar, sin que la historia se atreva a negarlo, que dos partidos españoles, el Federal, acaudillado por D. Francisco Pi y Margall; y el Socialista, dirigido por Pablo Iglesias (aplausos), fueron las únicas fuerzas políticas que en España, enfrentándose con la reacción simbolizada por la monarquía pugnaron primero por la autonomía y después por la independencia de Cuba. (Aplausos).

Cuando aquí la España monárquica derramaba torrentes de material humano, extraído únicamente del proletariado, porque sólo venían a luchar los desventurados que no disponían de mil quinientas pesetas para eximirse del servicio militar, fué el Partido Socialista Obrero Español el que enarboló la bandera de "¡O todos o ninguno! ¡Si no van los ricos a Cuba que tampoco vayan los pobres!" (Aplausos).

Hoy, al evocar episodios de mi adolescencia, al recordar a socialistas españoles más veteranos que yo, que purgaron en las cárceles de España su ardor en defensa de la autonomía y la independencia de Cuba, impulsados por profundo amor liberal, yo, sin estigma alguno para mi personalidad de español, saludo con respeto la memoria de quienes pelearon por la independencia de Cuba. (Aplausos).

Pero sería injusto, señores, si este homenaje que rindo a quienes conquistaron la independencia cubana, no lo extendiera también a los españoles que, en cumplimiento de su obligación, hubieron de usar aquí las armas en pro de la soberanía de España. Unos y otros cumplieron su deber, unos guiados por ideales santos de libertad, otros por lealtad a la bandera que juraron. Dejadme, pues, que este recuerdo emocionado, ya lejana la lucha y ahogado el rencor en la amplia generosidad cubana que dejó desarrollar libremente las actividades de los españoles después de la independencia, dejadme que en este homenaje fervoroso una a los cubanos que lucharon por su independencia y a aquellos españoles que, sin excesos de crueldad, cumplieron su deber y bajo esta tierra yacen juntos. (Aplausos).

LA CONTIENDA ESPAÑOLA. PROLOGO DE LA GUERRA DE EUROPA.

Pues bien, señores, como español alejado forzosamente de su patria, suprimido legalmente, pero a título de tal, vengo hoy ante vosotros a contemplar el panorama que ofrece el mundo, singularmente Europa, en estas horas trágicas. No traigo la representación de nadie, no me arrogo delegación alguna; hablo por propia y exclusiva cuenta y, en último término, lo que me váis a oír serán confesiones hechas en alta voz ante una multitud.

A la hora actual nadie que pulse serenamente la historia, incluso cuando la historia está todavía palpitando, negará que la guerra a la cual asistimos doloridos, se inició con la contienda desarrollada durante cerca de tres años en territorio español. Tuvo aquella lucha, aunque no lo supieron ver o no lo quisieron ver los estadistas de las democracias, el mismo sentido y la misma profundidad en el orden ideal que puede significar la guerra presente. Fué su prólogo, en el que a los defensores de la República española nos tocó ser las primeras víctimas. Como tales nos presentamos ante el mundo, pero sin que al presentarnos así sintamos el sonrojo de defecciones ni cobardías. Podemos decir al mundo que si la victoria no coronó nuestros esfuerzos, no fué culpa nuestra, sino de los que, debiendo auxiliarnos, nos abandonaron. (¡Bien, bien! Aplausos).

Muchas farsas diplomáticas ha habido a lo largo de la historia de la civilización, pero tan sarcásticas y burdas como las que se representaron con ocasión de la contienda española en la Sociedad de Naciones y en el Comité de No Intervención, ninguna. Las blancas piedras del majestuoso edificio ginebrino destinado a sede de la paz mundial, después de lo que se hizo con nosotros, después de lo que se hizo con Abisinia, después de lo que se hizo con Austria, después de lo que se hizo con Checoeslovaquia, no son aptas más que para inscripciones cínicas a través de cuyas palabras asome el dolor de quienes padecieron la opresión más injusta y la insolidaridad más criminal que condenaron al heroico pueblo español, no sólo a derramar torrentes de sangre, sino también a hacer infructuoso, aunque sólo sea temporalmente, un esfuerzo de valor del cual ni en las páginas sangrientas de esta contienda terrible de ahora hay ejemplo, porque frente a todo lo ocurrido en los países dominados por el nazismo, pongo el ejemplo de mi España y digo que nadie la ha superado defendiendo su libertad y su independencia. (Grandes aplausos).

Aun quedan en la historia de la guerra española muchas partes inéditas dignas de conocerse, aunque el volumen gigantesco del conflicto actual empequeñezca la perspectiva de aquél en que nos hubimos de debatir nosotros. Siendo temperamental y casi exclusivamente periodista no tomaréis a mal que utilice este discurso para algunas informaciones.

Cuando la República inició la defensa de las instituciones que libremente se había dado el pueblo español con una limpieza de procedimientos que nadie osará macular, se encontró con estos hechos notorios: Primero, que la solidaridad obrera internacional era una farsa. (Bien, bien, aplausos). Segundo, que la vinculación entre las potencias democráticas era otro embuste. (Aplausos). Tercero, que la única verdad de orden internacional, verdad aplastante que los días de hoy ponen aún más de relie-

ve, era que no había en el mundo otra unidad que la de los países totalitarios, que no había más unión efectiva que la de las tiranías. Comprenderéis el dolor y el asombro que nos causó ver fallidos lemas a los cuales éramos devotos y que nunca creímos que la realidad podría borrar, contemplando junto a ellos la unión de todas las tiranías, para matar, asesinar diría mejor porque el crimen fué alevoso, a la democracia española. Ante todo eso hubimos de sucumbir.

¿Quién podía dudar de la legitimidad de las instituciones republicanas que regían a España el 16 de Julio de 1936? Ni en el terreno político, ni en el jurídico, ni en el moral, podía manchar nadie, ni siquiera con leves sospechas, la plena personalidad del gobierno republicano. Sin embargo, quienes estaban obligados a prestarle su apoyo, se lo negaron.

En Diciembre de 1935 se había concertado entre España y Francia un convenio por el cual Francia se comprometía a vender armamento a España. Pero Francia se negó a cumplir compromiso tan solemne. Hubo más. Cuando por entre las vacilaciones del Gobierno francés asomaba alguna posibilidad de cumplimiento del solemne pacto, Inglaterra, de modo excepcionalísimo en las relaciones diplomáticas, dirigiéndose no sólo el Ministro de Relaciones Exteriores inglés, al Ministro de Relaciones Exteriores francés, sino, además, el Rey de Inglaterra, directa y personalmente, al Presidente de la República francesa, conminó a Francia para que no prestara apoyo alguno a la República española, porque si lo prestaba, y a consecuencia de la prestación surgían incidentes internacionales, Inglaterra se desentendería de todos los compromisos de cooperación armada a que estaba obligada con Francia por sucesivos convenios desde la anterior guerra de 1914 a 1918. (Una voz del público: "¡Ya las están pagando!").

Sí, ya las están pagando. Interrupción análoga, cuando examinaba yo estos mismos hechos, cortó mi palabra en una conferencia que dí en Barcelona en agosto de 1938; pero yo, encarándome con el interruptor, dije: ¡No! ¡Que no paguen sus culpas, que no paguen sus errores, porque al pagarlos ellos los pagaríamos todos! (Grandes aplausos).

La profecía que surgió entonces en la voz interruptora de la galería está ya plasmada en realidades dolorosas. El deseo ardiente del orador que la replicó ha quedado, por desgracia, insatisfecho.

Debemos desviarnos de la actitud que revela esa voz, a pesar de que constituya una de las más profundas verdades que puedan encerrar cuatro palabras, porque nuestro deseo, limpio de rencores, exento de resquemores, cualesquiera que hayan sido los yerros cometidos con nosotros y cualesquiera que hayan sido los resultados trágicos de tales errores, es que la democracia triunfe en el mundo y que aplaste a la tiranía. (Muchos aplausos).

Sigo el relato para darle fin rápidamente. Cuando Francia se sometió a la terrible advertencia británica, quedó decretada la derrota de la democracia española. Yo, a quien nadie ha tildado de optimista, sino que, por el contrario, con acierto o sin él, se me tacha de un pesimismo desbordante, digo hoy, que si a nosotros se nos dan a su hora los medios necesarios, los que legítimamente pedíamos, los que había obligación de prestarnos, a esta hora la República española tendría cimientos de roca y el panorama de Europa sería muy distinto. Pero con España, claudicaron las democracias que luego se entregaron servilmente en Munich, y fruto de tales claudicaciones es la tragedia inmensa que pesa sobre ellas en los actuales momentos. (Ovación estruendosa).

STALIN, UNO DE LOS RESPONSABLES, DE LA GUERRA EUROPEA.

Volviendo sobre lo que acabo de manifestar en respuesta a la interrupción que se me ha hecho, diré que en esta hora dura, terriblemente dura, acerca de la cual no nos pueden engañar los artificios de la propaganda, en esta hora llena de peligros para Inglaterra, que personifica la democracia, vengo a proclamar mi simpatía por la causa que Inglaterra representa, sin que el recuerdo de su proceder respecto a nosotros pueda influir en mi decisión porque, yo, como socialista, soy demócrata, mi raíz es profundamente liberal y, además, no concibo a ningún socialista que no sea genuinamente demócrata. (Aplausos).

Y sin cantar las perfecciones de la democracia burguesa no puedo menos de reconocer que al amparo de la democracia burguesa, hemos divulgado nuestras ideas, que bajo los regímenes liberales hemos desenvuelto nuestra propaganda y que mediante su protección hemos creado nuestras organizaciones. Remachando mi posición, añadiré que en este conflicto considero vil hipocresía la de inhibirse, alegando que se trata de una guerra entre dos imperialismos por lo cual no interesa al proletariado. Eso no es más que encubrir la posición de uno de los hombres más responsables de la guerra europea. (Grandes aplausos).

Porque a la hora de personalizar responsabilidades diría que los responsables de la guerra son tres: Hitler, Mussolini y Stalin. (Bien, bien. Aplausos prolongados). Es más, sin el pacto Stalin-Hitler la guerra no hubiera estallado. Cualesquiera que sean nuestras aproximaciones al ideario comunista, no nos moverán a ocultar esta verdad: que sin el pacto, aleve y monstruoso, de Stalin con Hitler, la guerra no habría estallado y las democracias podían estar preparando con mayor efectividad su defensa, que es—¡oídlo bien!—nuestra propia defensa. (Estruendosos aplausos).

¿Hasta dónde llega ese pacto? Yo no lo sé. Soy enemigo cuando me confieso ante las multitudes, de conjeturas que pueden tener por base apreciaciones personales acaso equivocadas. Pero os daré datos que, quizás, os impresionen. Parte de Francia, parte considerable de la desventurada Francia, ha sido invadida por los nazis. Entre los defensores de nuestra República que quedaron en esa parte, la Gestapo ha hecho razzias y camino, unos del calabozo y otros del presidio, han sido llevados a España bastantes hombres. Fijémonos en los más significados. Han ido ante el piquete de ejecución, conducidos por la Gestapo, hombres tan significados en el socialismo como Julián Zugazagoitia y Francisco Cruz Salido, y han ido hacia presidio, también conducidos por la Gestapo, republicanos tan caracterizados como Carlos Montilla, Cipriano Rivas Cherif y Miguel Salvador. Pues bien, yo, con mi responsabilidad personal, os afirmo que a la hora presente los nazis no han entregado un sólo comunista a Franco. (Aplausos).

Diré más, señalando una excepción y sometiéndome al deber de rectificar noblemente si la referencia fuera inexacta, cosa que no creo. La Gestapo se apoderó dentro de un campo de concentración, de los que están en la zona ocupada francesa, de comunista tan significado como Antón, miembro del Buró Político del Partido Comunista Español. Pero Antón no ha traspuesto los Pirineos; Antón, a través de la Francia ocupada y de Alemania, ha sido conducido a Rusia, donde ha quedado a salvo, mientras las balas asesinas de los piquetes inmolaban la vida de socialistas destacados. (Grandes ovaciones).

COMENTARIOS A PALABRAS DE ROOSEVELT

Mas entremos, por fin, en el tema de mi discurso. En este momento resuenan todavía por el mundo entero las palabras que hace cuarenta y ocho horas ha pronunciado desde la Casa Blanca de Washington, Mr. Roosevelt. (Aplausos). Salvando todas las distancias y puesto que la casualidad me lo trae de la mano se me consentirá la jactancia de poner unas apostillas a las manifestaciones del Presidente de la República norteamericana. Por primera vez, palabras que vienen de tan alto señalan la posibilidad, más que la posibilidad la probabilidad, de que España y Portugal caigan pronto en manos del nazismo alemán. Digna de registrarse es esta afirmación por venir de donde viene, no por la novedad que encierre, ya que modestos hombres de la República española lo hemos estado diciendo a gritos desde el primer instante, desde que nuestra guerra comenzó. Pero fuimos desoídos. ¡Cuánto consuelo, mas, a la vez, cuánto recuerdo doloroso producen las palabras del Presidente del gran pueblo vecino, al proclamar, en el tono elevado en que lo ha hecho anteanoche, su voluntad decidida de prestar ayuda a las democracias! ¡Cuánto consuelo y cuánto dolor! Consuelo porque la promesa, dado el poderío de los Estados Unidos, representa una enorme esperanza en la lucha; dolor porque nosotros pensamos: "¿Pero es que la República española no era una democracia?" (Grandes aplausos).

Como gobernante que fuí de ella, título de gloria que expirará con mi vida, digo que fué una democracia tan pura como la que más lo sea, que no era una democracia poderosa, sino modesta, pero virgen, limpia, austera, a la que se dejó sucumbir porque no se quería doblegar. (Aplausos).

Antes os dije que topamos en nuestra lucha con tres hechos terribles: el primero de ellos la falta de solidaridad internacional obrera, porque aun encomiando, cual debo encomiar, el esfuerzo generoso de algunos núcleos proletarios que nos enviaron víveres y ambulancias sanitarias, no sé de ningún movimiento revo-

lucionario ni de una simple huelga a nuestro favor, cuando tantas veces se provocan por simples incidentes con un capataz.

La insolidaridad de las democracias fué tal, que la República española, que anuló el tratado secreto que Alfonso XIII, durante la dictadura de Primo de Rivera, pactó con Italia, se encontró como premio a esa su conducta de lealtad para las democracias francesa e inglesa, con el abandono de éstas, abandono que motivó nuestra derrota. Pero bien, siendo tan dolorosos estos recuerdos, por encima de ellos, pasando descalzos sobre sus brasas y aunque nos quemen la piel de los pies, decimos: ¡Vamos hacia vosotras, democracias; vamos hacia vosotros, regímenes liberales; porque, ahogando el dolor, nuestro corazón de republicanos españoles está con vosotros, ya que vosotros en esta hora trágica tremoláis la bandera de la libertad. (Grandes aplausos).

La guerra espanta. En la guerra de ahora ya no sucumben sólo los combatientes; perece también la población civil y en proporciones incluso mayores que las de las bajas entre quienes pelean en los frentes. No sería exagerado calcular que el número de víctimas de la población civil inglesa, incluyendo mujeres indefensas, niños inocentes y ancianos desvalidos, enterradas entre los escombros de las grandes urbes y despedazadas por la metralla, son más, muchas más, que las bajas que se producen en los ejércitos combatientes. Esta guerra ofrece, además, otra característica respecto de la cual es preciso que fijemos nuestra atención. Siendo grandes las pérdidas humanas, la guerra actual se caracterizará más por la destrucción material que por el número de víctimas. Será a la inversa de lo que fué la guerra de 1914 a 1918. Entonces las cifras de víctimas fueron espantosas y los daños materiales relativamente escasos; ahora, los daños materiales superarán a las bajas humanas. Podrá ser esto, desde el punto de vista humanitario, un consuelo, pero la reconstrucción de los países devastados resultará mucho más difícil que lo fué al concluir la guerra mundial anterior.

Por consiguiente, entre las incertidumbres de la hora actual, entre los riesgos que rodean a las naciones europeas que tienen en su diestra la bandera de la democracia, hay algo ya indiscutible: la destrucción de Europa. Europa será, cuando la guerra termine, la reproducción, en gran escala, del espectáculo de ruina y miseria que hoy ofrece nuestra España. Europa no será capaz de levantarse por sí misma, sea quien fuere el vencedor. El levantamiento sólo será posible mediante el auxilio de América. Esto es una verdad incontrastable y esa verdad va a ser base de las reflexiones que me vais a oír.

La piedra de toque está en la fusión, sin reservas, de las democracias. Luchan, más que dos sistemas políticos, dos concepciones de la vida. Los campos están bien delimitados, perfectamente definidos. Quienes no se alisten ni en uno ni en otro bando y tomen por la calle de en medio para eludir su responsabilidad histórica, serán hipócritas o cobardes. (Aplausos).

Otra verdad terrible, según mi concepción de los hechos, es que la guerra será imposible que la ganen las democracias, ni aun uniéndose estrechamente, si la guerra no se extiende. La guerra, reducida a los campos actuales de lucha, ofrece, a mi juicio, a la hora presente, un margen enorme de ventajas militares, a primera vista casi indestructibles, a favor de los regímenes totalitarios. Creer lo contrario es engañarse, sostener lo contrario en público es engañar a los demás. Yo no quiero engañarme ni engañaros a vosotros. Pero no procede desesperar por la ventaja enorme de los totalitarios, que no arranca precisamente de hechos recientes, aun siendo de gran relieve, como los de Yugoeslavia y Grecia y los que se están desenvolviendo en Creta, sino que se inicia y se establece fijamente a partir de la debacle belga y francesa. Alemania tiene a su favor la dominación del litoral europeo, desde el Norte de Noruega hasta el Cantábrico y la posibilidad, que ya proclama el Presidente Roosevelt y que yo subrayo, de extender tal dominio, cuando lo quiera Hitler, a lo largo de las costas españolas y portuguesas.

Ha habido tremendo error por parte de los democracias al descuidar arma tan poderosa como la aviación. Muchos técnicos no creyeron en su avasallante poderío. Pero la aviación viene plasmando esta realidad: que el señorío del mar no es ya exclusivo de las fortalezas flotantes que navegan por su superficie ni de aquellas más sutiles que van cautelosamente sumergidas bajo las aguas, que el dominio del mar se comparte desde el aire, que ahora el acorazado no extiende, pomposa e impunemente, de mar a mar, la estela de su poderío, porque encima de él, unos aparatos que a gran altura semejan mosquitos, pueden destruirlo fácilmente. No se puede fiar en la superioridad naval de Inglaterra, creyendo que esta superioridad es la clave del triunfo. Quien así piensa—es humilde opinión mía,—está errado. Yerran también, a mi juicio, quienes suponiendo próxima la entrada de los Estados Unidos en la guerra, llegan a afirmar que la aportación militar directa del gran país americano en los campos donde actualmente se desarrolla la contienda será decisiva para la victoria. Me inclino a creer que, entrando oficialmente los Estados Unidos en la guerra, su aportación de material será poco más o menos la misma de hoy. No creo en rendimientos mucho mayores, porque si fueran posibles sería un crimen no prestarlos. Y la aportación de elementos humanos de este Continente a los teatros actuales de la lucha parece casi impracticable.

LOS DOS PELIGROS QUE AMENAZAN A AMERICA

La guerra, repito, es la pugna entre dos concepciones de la vida a través de dos vinculaciones: los países totalitarios contra cuanto significa democracia, exactamente como fué la guerra contra la República española, a quien se aplastó porque significaba democracia. Los países que ya figuran en el conglomerado totalitario jugarán cada uno su papel a su hora y lo jugarán con plena holgura si las democracias, ciegas o sordas, no saben contener inmediatamente el peligro y esperan a que éste se anuncie a cañonazos a las puertas de su casa. (Aplausos).

Hay al otro lado del Pacífico una nación poderosa que aguarda su hora y existe dentro de América un peligro inmenso representado por todos los elementos internos afectos al totalitarismo. Dentro de las Repúblicas americanas—me atrevo a asegurarlo, sin que mi afirmación se base en otros informes que excursiones muy rápidas por los territorios americanos, conversaciones con personalidades representativas de esos países y lecturas de documentos interesantes,—la filtración totalitaria es infinitamente superior a la que Alemania tenía en las naciones de Europa que ha conseguido dominar por medio del auxilio de la quinta columna. La quinta columna en América es infinitamente superior a la que Alemania tenía en Europa. (Aplausos).

Siendo esto así, si los países que, defendiendo la democracia, se aprestan a defender su propia vida, no se apresuran a destruir la quinta columna, están perdidos. A la quinta columna hay que aniquilarla rápida, enérgica, radicalmente. (Aplausos). Para ello no son necesarias medidas cruentas, más si lo fueran, la guerra es tan terrible y dura que nadie, por profundos que fuesen sus sentimientos humanitarios, podría pedir que no se emplearan.

En la guerra no es factor decisivo el material humano. Al fin y al cabo, la guerra de hoy no ha llegado a descubrir en este aspecto nada nuevo, porque ya Napoleón lo proclamó con frase gráfica diciendo que la guerra era dinero, dinero y dinero. Pues bien, aquí en América hay inmensas cantidades de dinero propiedad de los enemigos de la democracia. Procede adueñarse de ellas porque mañana podrían ser empleadas contra los regímenes democráticos. Nada de trabas en el movimiento de fondos que el ingenio y el soborno se encargarían de burlar, nada de congelaciones que detengan el movimiento fructífero del dinero durante la guerra, nada de eso. Lo verdaderamente práctico es la confiscación. (Aplausos).

Veamos un hecho que ignoro si lo justifica el derecho internacional, que no es, ciertamente, lectura habitual mía. Varias naciones americanas se han apoderado de barcos de los países totalitarios o de naciones sojuzgadas por ellos, a cuenta—no sé si con motivo o pretexto, y esclarecerlo no me interesa—de que estos barcos habían sido o iban a ser inutilizados para la navegación, incluso sirviendo de elemento obstructivo en radas y ríos donde estaban fondeados o atracados. ¿Por qué no reparan los mismos países americanos que las industrias pertenecientes al capitalismo totalitario que radican aquí pueden ser también saboteadas y destruídas en su fuerza productora? ¿Por qué no caen en cuenta de que el capital representado por el comercio en manos de agentes de países totalitarios puede traducirse en municiones y armas contra la democracia? Pues lo primero que ésta debe hacer, si es inteligente—y en la guerra no se concibe inteligencia sin audacia—es desarmar desde ahora al enemigo, apoderándose de los recursos que en América tenga. (Aplausos).

Todo ello sin olvidar a quienes puedan ser inmediatamente, cuando Hitler lo disponga, factores activos en la lucha contra la democracia. A esos también desarmarlos, dejándoles impotentes, imposibilitándolos para la agresión, porque cuando la lucha ofrezca mayor declive, cuando haya una inclinación más acentuada en el riesgo que corre la democracia mundial, esos países se subirán—uso frase de D. Antonio Maura—a la trasera de las carrozas triunfales, se unirán al vencedor para participar en los despojos. A fin de evitar todo eso, a unos hay que cortarles las

garras para que no puedan clavarlas en el cuerpo ya ensangrentado de la democracia, y a otros privarles inmediatamente de sus recursos para que éstos no se conviertan en elementos de agresión. ¡Que la democracia mundial no tenga luego que llorar como lloramos los españoles! (Aplausos).

Midiendo vuestra fatiga por la mía, pondré pronto término a esta oración aunque me alientan, no sólo la atención exquisita con que me oís, sino los aplausos con que subrayáis mis palabras.

EL HISPANISMO EN LA COORDINACION AMERICANA

El Presidente Roosevelt ha proclamado otra gran verdad: que Hitler, si triunfara en Europa, lejos de conformarse con tal triunfo seguiría batiendo sus alas de dominio para abarcar bajo ellas este continente. Ello es evidentísimo, pero hace falta que se diga tan claramente, desde lo alto, para que prenda en la conciencia de los pueblos e influya en sus resoluciones. Si Hitler fuese vencedor y encontrara una América desunida, ni siquiera le harían falta desgastes en empresas guerreras para apoderarse de América. Tendría aquí muchos elementos a su favor. Los tendría si no se anula previamente el poderío económico de Alemania y de los países por ella sojuzgados. Pero Hitler contaría, además, aquí, para explotarlas, como las ha explotado habilidosamente en Europa, con las divergencias producto de caudillajes y ambiciones políticas personales. Y tendría más, mucho más. América constituye un continente exportador cuyo mercado es Europa. Dueño Hitler de Europa, si se encontrase con una América desunida, impondría aquí su ley, tratando con favor a quienes se le sometieran y pisoteando, ultrajando y aniquilando a quienes quisieran defenderse. Por eso resulta absolutamente indispensable una coordinación americana, que sirva para el presente y sea también garantía del futuro.

Ahora surge tras el relator, el español. No podemos menos que reconocer el poderío económico e industrial de los Estados Unidos, pero sería gravísimo error por parte de esa nación no reconocer en toda su inmensa valía la personalidad hispana del resto de América. (Aplausos).

Los Estados Unidos, para lograr la unión que ahora tanto ansían y proclaman, necesitan dar al resto de los países americanos, grandes o chicos, fuertes o débiles, trato respetuoso, trato de igualdad, más todavía, un trato que suponga el levantamiento de sus economías respectivas para que todos ellos tengan en el conjunto de este hemisferio la personalidad que corresponde a una *raza* que les legó su idioma, su tradición, sus costumbres y su religión, necesitan, en suma, respetar los derechos del hispanismo, que no consentirá ser sojuzgado por ninguna hegemonía. (Aplausos).

Los dados están ya echados. Son inútiles las vacilaciones. Es forzoso jugarlos. Quien no los juegue, quien se arrincone, perecerá.

Nosotros, expulsados de nuestra patria, errantes por tierras misericordiosas de América, sabemos lo que es perder la libertad. ¡Que jamás la perdáis vosotros! ¡Que nunca os veáis en el trance doloroso en que nosotros nos vemos! Por eso, con palabras que salen de lo más profundo del alma, me dirijo a vosotros esta noche para que aprendáis en nuestro dolor y en nuestra desventura y para expresaros el deseo de que no seáis víctimas de desgracia tan grande como la que nosotros sufrimos.

¡Ah, pero cuando nosotros oíamos anteanoche con emoción el himno a la democracia que, saliendo de lo alto, expandía por el mundo la maravilla de la radiodifusión, recordábamos que a hombres españoles se les trata, en más de un país, como a apestados por el único delito, delito que enorgullece, de haber defendido la libertad. ¡Defiéndase la libertad amando a los que sufren por haberla defendido! (Grandes aplausos).

El bloque de las democracias en esta lucha en que se juega el destino de la Humanidad, es indispensable, y nosotros, los defensores de la República española, proclamamos estar al lado del pilar de ese bloque, que es América.

Adolecerán las democracias de América de defectos que no voy a negar, pero prefiero una democracia enferma y dañada a una tiranía miserable. Todo régimen que sale de las entrañas del pueblo puede ser purificado. Mi voz y mi aliento estarán con quienes defiendan ese régimen.

No niego mi raza, no la puedo negar, no la negaré nunca, pero cuando veo ahora, a través de ciertas versiones oficiales y oficiosas, el artificio de un hispanismo con propósitos de servir en América de instrumento a la tiranía, me rebelo contra él. Siento el mío, el recientemente español, el tradicionalmente español, el que vino aquí a abrir camino a la civilización. No puedo concebir a mi patria sirviendo de instrumento a sistemas políticos que son la negación más absoluta de la esencia española.

Amo a España en la propia belleza de su historia, en la magnitud grandiosa de sus tradiciones... La veo ahora desventurada, arruinada, caída. ¡Qué daría yo por levantarla, por librarla de mayores desgracias! El tema, amigos y hermanos que me escucháis, no se presta a declamaciones, porque cuando se envuelve en ellas sentimiento tan profundo como el amor a la patria, que es como el amor a la madre, se viste de vacuidad. Los grandes sentimientos no necesitan párrafos largos para su expresión. Algunos de vosotros, quizás, al regresar a España y encontrar a vuestra madre arruinada por la vejez y carcomida por dolencias, al abrazarla, no habréis dicho frases grandilocuentes, porque en esos casos la elocuencia está más en el sollozo que en la palabra; la habréis apretado frenéticamente contra vuestro pecho y dejando escapar unas lágrimas, habréis dicho con voz entrecortada: "¡Madre mía, madre del alma!" Pues bien, yo me abrazo a España, mi madre, y le digo con la misma emoción que vosotros: ¡Madre mía, madre del alma! (Prolongadísimos aplausos)